

La nación y la inmigración: los contradictorios nacionalismos de Cuba

Cuba, aislada geográfica y políticamente, se debate en una contradicción interna entre dos facciones de cubanos. Según el autor, se trata del conflicto nacionalista más característico del siglo XX en Latinoamérica: el nacionalismo conservador tradicionalista y antidemocrático, el liberal reformista y el jacobino de la izquierda, populista o marxista, que defiende un Estado fuerte e intervencionista y se muestra inclinado al autoritarismo o al uso instrumental de la democracia parlamentaria.

Luis Esteban González Manrique*

«Tendré razón dentro de mil años aunque la historia inmediata sea escrita por mis adversarios. ¿Y qué importa?, los jesuitas me enseñaron que somos polvo y que en polvo nos convertiremos».

Fidel Castro, 1989

* Periodista y escritor.

EL último episodio de la Guerra Fría se resiste a desaparecer de la escena política: Cuba continúa desempeñando un papel desmesurado para su tamaño e importancia económica en las relaciones interamericanas. La única reunión presidencial del Grupo de Río, en Cochabamba (Bolivia), en septiembre, invirtió la mayor parte de su tiempo en discutir la cuestión cubana y en redactar una declaración que condenó la ley Helms-Burton contra las inversiones extranjeras en Cuba.

A pesar de las críticas de los gobiernos de la región al régimen de Castro, la defensa del principio de no intervención y la soberanía nacional cubana galvaniza como ningún otro tema el nacionalismo latinoamericano y reaviva los recelos de sus países hacia la política hemisférica de Washington. El intervencionismo norteamericano en el Caribe y América Central ha tenido una tradición tan larga —y funesta— que cualquier indicio de su resurgimiento despierta inquietudes sobre nuevas reinterpretaciones imperialistas de la Doctrina Monroe.

Henry Kissinger reconoce en su último libro *Diplomacia* que la famosa doctrina tuvo, desde sus orígenes, designios expansionistas bajo la cobertura de proteger al subcontinente de las potencias coloniales europeas: «Como no consideraban política exterior su expansión en el continente, los Estados Unidos pudieron valerse de su fuerza para imponerse sobre los indios y México con la conciencia tranquila» (1). Washington se autoconfirió un poder policiaco unilateral en nombre de la «civilización y la democracia».

Probablemente, ningún otro país de la región gravita en la memoria histórica y el imaginario latinoamericano como Cuba: la permanente influencia de cada uno de sus avatares políticos ha marcado épocas decisivas, desde los inicios de la colonización española hasta el azaroso devenir de la revolución de 1959, con sus profundos efectos disociadores en la izquierda continental.

Algo similar puede aseverarse con respecto a España. Las guerras de Cuba y la crisis de 1898 fueron el primer cuestionamiento, y la primera derrota, de la unidad nacional española. Según Borja de Riquer, los independentistas cubanos fueron vistos en la metrópoli más como «insurgentes separatistas» que como luchadores anticoloniales: «La rebelión significaba la emergencia de un nacionalismo alternativo al español que tomaba incluso las armas para emanciparse» (2).

(1) Henry Kissinger: *Diplomacia*. Ediciones B. Barcelona, 1996.

(2) Borja de Riquer i Permanyer: «El nacionalismo español contemporáneo». *Cuadernos y debates* 7. Centro de Estudios Constitucionales. Madrid, 1996.

No fue causal que la crisis del 98 marcara la aparición de los nacionalismos diferenciales en el País Vasco y Cataluña. La pérdida de Cuba, el auge del movimiento regionalista en Cataluña y la guerra colonial en Marruecos estuvieron íntimamente relacionados. En 1898 la demostración de la impotencia internacional de España socavó la fe de las elites catalanas en el gobierno central. La industria catalana había dependido del mercado cubano, y la sensación de que Madrid era un obstáculo para el dinamismo de su economía condujo a la aparición, en 1901, de un partido regionalista: La Lliga catalana (3).

En los años sesenta, la Cuba de Castro fue en España uno de los iconos de la generación del 68. La disposición del gobierno socialista de Felipe González a mantener una política de cooperación y diálogo con Cuba, a pesar de sus reservas sobre su sistema político, es una buena muestra del carácter perdurable de la especial relación hispano-cubana.

La estratégica situación geográfica de la mayor de las Antillas explica en gran parte ese complejo destino de encrucijada política de dos continentes. Durante la segunda guerra de la independencia cubana (1895-1898), ninguna república latinoamericana, deseosas de tener en España un aliado contra el amenazante coloso yanqui, reconoció la beligerancia cubana; en contraste con lo que sucedió en la Guerra de los Diez Años (1868-1878), cuando varios de sus gobiernos intentaron forzar a España a renunciar a Cuba, un paso frustrado por la oposición de los Estados Unidos.

Llegaría el tiempo cuando América Latina se diese cuenta de lo equivocada que estuvo de no dar apoyo efectivo a la revolución independentista, dejando la puerta abierta a la entrada de los Estados Unidos en la guerra antes de que los cubanos hubieran conseguido la victoria por sus propios medios. José Martí, cuyos artículos eran publicados en los principales diarios de las capitales latinoamericanas, había advertido en ellos que además de liberar a Cuba de España era necesario dar pasos para evitar que los Estados Unidos no sustituyeran a la vieja metrópoli en la dominación de Cuba y la utilizaran como una cabeza de puente en la penetración de las Indias occidentales y América Latina.

Las ideas de Martí sirvieron de guía a generaciones de patriotas cubanos y antiimperialistas hispanoamericanos. Desde las guerras de los mambises, los independentistas cubanos libraron su gesta con consignas e ideales tan altos que se parecían más a epístolas de un San Pablo moderno que al programa político de una revolución nacional. Martí representó la diferencia en profundidad y vehemencia.

(3) Paul Preston: *Franco*. Grijalbo, Barcelona, 1994.

En la actualidad, las universidades cubanas han reemplazado masivamente los estudios del materialismo dialéctico por el del pensamiento político de Martí. Desde el colapso del campo soviético, el viejo lema «socialismo o muerte» ha sido reemplazado en las consignas oficiales por el más tradicional «Patria o muerte», que evoca los lejanos —pero aún poderosos— ecos de las guerras del siglo XIX. Cuba es un país cuya cultura política está imbuida de las historias de su legendaria resistencia y de los sacrificios que exigió la lucha que devastó la isla.

A medida que Castro ha ido renunciando a su proyecto original de exportar la revolución —y la construcción del comunismo—, el régimen apela de forma creciente, y casi exclusiva, al nacionalismo para convocar el apoyo de un pueblo asediado más por carencias materiales que por imaginarios invasores extranjeros.

Pero para los cubanos de todas las confesiones políticas, incluida la comunidad del exilio en Florida, Cuba está permanentemente implicada en una batalla mítica de liberación nacional. Según Nelson Valdés, profesor cubano-norteamericano de la Universidad de Albuquerque, Nuevo México, cuatro elementos forman la cultura política cubana en los últimos 200 años: la idea de que una generación debe cumplir una misión; la utilización de la moral o del idealismo para movilizar al pueblo; la convicción de que la traición es un peligro permanente y el deber de morir por un gran ideal (4).

Las similitudes de su nacionalismo terminan allí. La nación y la inmigración sostienen la versión de una guerra fría doméstica pero feroz. Para la jerarquía del régimen de La Habana, los círculos políticos del exilio en Miami son «gusanos, fascistas, mafiosos». En un debate televisado por la cadena norteamericana CBS —el 5 de septiembre—, entre el presidente de la Fundación Nacional Cubana-Americana, Jorge Mas Canosa, y el presidente de la Asamblea Nacional Cubana, Ricardo Alarcón, éste negó a Mas Canosa la condición de cubano: «un norteamericano que representa a un gobierno extranjero».

Por su parte, la colonia cubana de Florida acusa a Castro y sus partidarios de «traidores, totalitarios, asesinos» y de haber puesto, en palabras de Carlos Franqui, a Cuba «en peligro mortal» como nación. Las posturas aparecen envenenadas por el odio; aunque desde hace algún tiempo la actitud en la isla tiende a ser más flexible y conciliadora, especialmente desde la realización en La Habana de un congreso sobre «la nación y la inmigración» y la autorización a los cubanos del exilio a viajar y a invertir en la isla.

(4) Citado por J. F. Fogel y B. Rosenthal en *Fin de siglo en La Habana*. Anaya & Mario Muchnick, Madrid, 1995.

Desde que en 1993 el régimen legalizó la posesión de dólares, los envíos de dinero de los exiliados a sus familiares suman, en una estimación conservadora, al menos 800 millones de dólares anuales. En comparación, los ingresos de la zafra azucarera no exceden los 300 millones de dólares y los de turismo se encuentran entre 700 y mil millones de dólares, aunque sólo un reducido porcentaje de esa cifra se queda efectivamente en la isla (5).

De casi un millón de personas, un 10 por 100 de la población total de la isla, el exilio cubano dista de representar un conjunto homogéneo, social o políticamente, pero comparte un anticastrismo instintivo. Si alguien es el autor intelectual de la ley del endurecimiento del embargo que penaliza a las empresas extranjeras que «trafiquen» con propiedades expropiadas a ciudadanos norteamericanos, no son tanto los ultraconservadores senadores Helms y Burton como Jorge Mas Canosa y el poderoso «lobby» de la Fundación que preside.

La idea subyacente de la ley es despojar al régimen de Castro de cualquier rezaigo de legitimidad para disponer de propiedades nacionalizadas o confiscadas. Y evitar que la liberalización económica, las remesas de los emigrantes, los ingresos aportados por el turismo y las inversiones extranjeras salven «in extremis» a la revolución al utilizar la prosperidad material como fuente de legitimación política.

Los argumentos de que las inversiones favorecerán el desarrollo de una economía de mercado, fortalecerán a la sociedad civil y, en última instancia, facilitarán la transición al hacer anacrónico el régimen, carecen de credibilidad para los sectores duros del exilio. Su estrategia es más elemental: utilizar su influencia en Washington para seguir apretando las clavijas hasta quebrar la resistencia numantina de Castro, provocar un golpe militar o una revuelta popular. El periodista y político cubano Carlos Alberto Montaner esgrime los resultados obtenidos por la política de sanciones a Sudáfrica como precedente de una injerencia internacional positiva en favor de la democratización.

La nueva presión ha comenzado ya a dar resultados. A pesar de que la administración Clinton ha pospuesto la aplicación de ciertos artículos de la ley Helms-Burton, mientras un nuevo embajador itinerante intenta obtener el apoyo de sus aliados europeos, un número importante de bancos y empresas han abandonado sus proyectos iniciados o planificados antes de la aprobación de la ley.

Por otra parte, durante los heroicos años iniciales de la revolución, la

(5) David Rieff: «Cuba refrozen» en *Foreign Affairs*. July/August, 1996.

retórica oficial que apelaba al espíritu de sacrificio era coherente con la movilización de las campañas contra el analfabetismo o el trabajo voluntario en la zafra. Pero hoy los carteles que repiten las antiguas consignas frente a hoteles, tiendas o restaurantes de lujo para turistas chirrían en un país donde el deterioro físico de las ciudades es cada vez más difícil de ocultar.

Y la implacable guerra civil fría entre cubanos no contribuye en nada a ofrecer confianza a los inversionistas, que ven inundados sus faxes con amenazas y advertencias si continúan sus negocios en Cuba. En el derribo por el Mig-29 cubano de dos avionetas civiles de la organización Hermanos al Rescate, al advertirles el piloto del caza que abandonaran el espacio aéreo de la isla, los exiliados reivindicaron su derecho de «cubanos libres» de volar sobre su patria. La respuesta fue «descojonarles» con misiles, como reveló la grabación de sus comunicaciones con tierra.

Con los restos de las avionetas se hundió en el estrecho de Florida el más auspicioso proceso de acercamiento entre una administración norteamericana y La Habana desde 1959. Aunque algunos analistas creen que eso fue justamente lo que buscaba Castro: un pretexto para terminar con los grupos disidentes del interior que habían comenzado a florecer con el deshielo.

Así, entre los extremistas de ambos bandos, que no se sienten obligados a responder ante un pueblo que no les ha elegido, los sectores moderados se encuentran en una tierra de nadie y, con ellos, la democracia. Ambos bandos utilizan las viejas prácticas del más tradicional autoritarismo que reparte el bien y el mal entre buenos y malos cubanos. Irónicamente, en nombre de la democracia, la revolución o la independencia de Cuba, el discurso de unos y otros es notoriamente anacrónico: se sostiene en la autoridad de las convicciones dogmáticas, en el monólogo descalificador del diálogo, en la supresión del otro, siempre deslegitimado.

Los nacionalismos excluyentes

SE trata en el fondo del conflicto, por ahora irresoluble en Cuba, entre los tipos de nacionalismo más característicos del siglo XX en América Latina: el nacionalismo conservador tradicionalista y antidemocrático, el liberal-reformista y el nacionalismo jacobino de la izquierda, populista o marxista, que defiende un Estado fuerte e intervencionista y se muestra proclive al autoritarismo o al uso instrumental de la democracia parlamentaria.

Desde 1959 los nacionalistas de izquierdas cubanos integraron plenamente el marxismo-leninismo a su ideología política como consecuencia natural de su alianza con la URSS. La revolución asumió su lucha como una continuación de los ideales independentistas del siglo XIX en una guerra de liberación nacional antiimperialista; mientras sus opositores vieron en el comunismo, y en la alianza del régimen con una potencia extracontinental, una traición a los ideales de Martí.

Pero al equiparar el pluripartidismo a una «pluriporquería», como hizo Castro en 1993, su régimen sitúa la intolerancia en la racionalidad última del sistema; en tanto que los dirigentes de la Fundación Cubano Americana han declarado en diversas oportunidades que aceptarían cualquier gobierno, incluido uno del Partido Comunista, surgido de unas elecciones libres.

La carencia de una tradición democrática propia entre 1898 y 1959, salvo en períodos intermitentes, agrava el conflicto: los cubanos comparten una bandera, una cultura, una tradición nacional, pero ambos bandos reclaman el monopolio de la nación. Cuba y anticuba: apenas necesita subrayarse el paralelismo con las tensiones que dieron origen a la Guerra Civil española. La apelación a la defensa patriótica de la «auténtica Cuba» y el hecho de definir el conflicto como una nueva «guerra de independencia» es bastante elocuente del carácter nacionalista que reviste el discurso de ambos.

El sociólogo español Juan J. Linz escribió que la historia de los nacionalismos hispánicos, de todos ellos, es la historia de unos fracasos compartidos y provocados mutuamente como consecuencia de la imposibilidad de la victoria total de ninguno de ellos. Cuba ilustra con nitidez esa trágica contradicción.

Pero en el plano de la conciencia histórica latinoamericana, no es posible olvidar que Cuba es una excepción calificada con respecto a la región. Su tardía independización de España y su inmediata subordinación jurídico-política a los Estados Unidos, expresada en la Enmienda Platt —que sólo se deroga en 1934—, produjeron efectos complejos en la teorización revolucionaria del régimen de Fidel Castro.

La permanencia de las estructuras coloniales básicas en Cuba tuvieron consecuencias en su institucionalidad y comportamiento social, provocando una mitología nacionalista más próxima en su épica y sus aspiraciones a las revoluciones anticolonialistas del Tercer Mundo, desde Argelia a Vietnam, que a los nacionalismos liberales de las revoluciones hispanoamericanas de inicios del siglo XIX.

O incluso frente a los nacionalismos populistas derivados de la Revolución Mexicana de 1910: pese a los cuartelazos y las dictaduras, la democracia siempre se consideró en América Latina, desde la independencia,

como la única legalidad constitucional, su legitimidad histórica. Incluso los dictadores admitían el carácter transitorio de sus regímenes. En contraste, el primer párrafo de los estatutos del gobierno provisional cubano de 1933 declaraba: «El gobierno afirmará y mantendrá por sobre todos los intereses e ideas, absoluta e inmaculada, la independencia de la patria, por la conservación de la cual todos los cubanos de hoy, como los de ayer, han estado dispuestos a perder sus vidas y haciendas».

La continuidad de la lucha social y política, con la consiguiente identificación de los Estados Unidos como potencia neocolonial, hizo que en Cuba la lucha política se planteara en un terreno de liberación nacional, mientras en otros países de la región se realizaba en términos de reivindicación social. De ese desencuentro derivó la orientación «tricontinentalista» de los cubanos, que encontraron más afinidades con los movimientos de liberación asiáticos y africanos que con la izquierda parlamentaria latinoamericana.

Todo en la historia del nacionalismo revolucionario cubano estaba marcado de excepcionalidad. Y de capacidad para universalizar su causa, a pesar de que su identidad político-cultural poseía particularidades intransferibles. A diferencia de la equivalencia entre democracia y soberanía nacional de las revoluciones hispanoamericanas, en Cuba la democracia fue un valor importante pero subordinada a la soberanía; y el ejercicio de los derechos individuales al derecho de la nación a un Estado independiente. La libertad política de la comunidad nacional se erigió en el requisito, cuando no en el sustituto, de la existencia del resto de libertades.

El propio concepto de ciudadanía democrática es cuestionado por la potencialidad divisiva de un sistema pluripartidista. En su polémica con Mas Canosa, Ricardo Alarcón negó que la democracia liberal fuese un modelo político universal y el hecho de que «prevaleciera en algunos países de Occidente» no obligaba a los cubanos a adoptarlo. Simplemente, ellos tenían una concepción distinta de la sociedad civil.

Que ese concepto de la soberanía derive de las luchas anticolonialistas cubanas es discutible, pero éstas permiten explicar buena parte del éxito de la combinación de nacionalismo y socialismo del catrismo. En julio de 1896, el líder independentista Antonio Maceo escribió: «La libertad se gana con el filo del machete, no se pide (...) Hay más dignidad y grandeza en que el pueblo viva libre y pobre, que rico y comfortable en un país mancillado por la servidumbre y el odio» (6).

(6) Citado por Philip S. Foner en *La guerra hispanocubanoamericana y el nacimiento del imperialismo norteamericano 1895/1898*. Akal Editor, Madrid, 1975.

Los revolucionarios cubanos del XIX pertenecieron a los sectores más desfavorecidos de la población y sus enemigos, partidarios del mantenimiento del status colonial, fueron todos los que tenían propiedades, posición o riqueza de algún tipo. Temían una revolución que tenía tanto apoyo entre la gente pobre y sospechaban de sus líderes principales, hombres que no tenían un gran respeto por la riqueza y la propiedad. Uno de ellos, Máximo Gómez, escribió en 1895 una circular que prefiguraba el lenguaje de la revolución de 1959: «La persona que mostrara con su conducta poco respeto por los derechos de la Revolución redentora (...) será considerado como enemigo y tratado como traidor en caso de captura» (7).

Ese abigarrado imaginario nacionalista gravitaba muy intensamente en las generaciones nacidas en las primeras décadas del siglo: la del propio Fidel Castro (n. 1926). En sus conversaciones con el dominico brasileño frei Betto —«Fidel y la religión»—, Castro destaca el impacto que le causaron sus lecturas de la historia cubana, a la que califica como «otra historia sagrada, que es la historia del país (...) casi una religión» (8).

Una influencia que se trasluce en su permanente apelación a la moral y al honor de la tradición martiana. Y en una manera de lanzar desafíos y exigir sacrificios. En 1991, cuando comenzaron a sentirse en toda su magnitud las consecuencias del cese de la ayuda soviética, La Habana se cubrió de carteles que aseguraban que la capital se convertiría en una «eterna Baragua». Era una referencia a la Numancia cubana: un episodio del final de la primera guerra de la independencia, en 1878, cuando Maceo, cercado por un destacamento español, rehusó rendirse.

Otro legado de las guerras de los mambises fue la entrega de sus combatientes y su maestría en la guerra de guerrillas, virtudes que les permitieron combatir durante más de tres años, sin ayuda de ninguna potencia extranjera, a los muy superiores ejércitos de los generales Martínez Campos y Weyler. Setenta años después, en África, el ejército cubano demostró mantener vivas esas tradiciones al enfrentarse con éxito al ejército sudafricano y obtener sobre él una decisiva victoria en Cuito Canavale, una batalla que se estudia en todas las academias militares del mundo. Nelson Mandela nunca lo olvidó y se lo agradeció personalmente a Castro en La Habana, cuando era ya presidente de la nueva república de Sudáfrica.

(7) Citado por Philip S. Foner, *op. cit.*

(8) Frei Betto: *Fidel y la religión. Conversaciones con Frei Betto*. Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado. La Habana, 1985.

El león en invierno

EN América Latina la aparición de la Cuba de Castro y el atractivo de su militante nacionalismo revolucionario causaron una conmoción continental. Por primera vez en su historia un país se dedicó oficialmente a derribar el orden establecido. Como los bolcheviques en los años veinte, los cubanos estaban seguros de que la revolución latinoamericana seguiría a su victoria con pocos años de diferencia. Castro imaginó que podría blandir la amenaza de la revolución continental como instrumento de negociación con EE.UU. y actuar como defensor de los pueblos latinoamericanos frente al imperialismo y sus propios gobiernos, en una especie de líder a medio camino entre Lenin y Bolívar.

Durante algunos años pareció como si la historia le diera la razón. Incluso tras el fracaso de la guerrilla del «Ché» en Bolivia y el violento fin del gobierno de Salvador Allende, el triunfo de los sandinistas en 1979 reverdecía la primavera revolucionaria, como si la historia permitiera escribir un nuevo epitafio para la tumba del «Ché».

Pero Cuba había sobreestimado sus fuerzas al asumir, como escribió García Márquez, «una política exterior propia de una gran potencia». En los demás países de la región, el romanticismo mal digerido de Sierra Maestra condujo a una brillante generación de jóvenes idealistas a considerar a las burguesías de sus países como antinacionalistas, sólo por el hecho de no ser revolucionarias. Un planteamiento maniqueo que tuvo nefastas consecuencias: inició la espiral subversión-represión que plagó de dictaduras militares el continente. El politólogo chileno José Rodríguez Elizondo sostiene que la verdadera década perdida en el continente no fueron los 80 sino los 60: lo fueron para la política, la democracia y, por añadidura, para la economía (9).

A fines de los 80 el espejismo del nacionalismo revolucionario continental —un tipo de internacionalismo restringido— se desvaneció. Los sandinistas perdieron el poder en las urnas y Cuba regresó a su tradicional excepcionalidad insular. En enero de 1989 Castro declaró con cierta melancolía: «...en el momento del triunfo de la revolución el socialismo marchaba prósperamente unido, sin dificultades y con un prestigio creciente». Un mundo todavía no globalizado y donde la geopolítica, y no la geoeconomía, era el factor decisivo de las relaciones internacionales.

El discurso oficial de la revolución en la actualidad se ha hecho intensa-

(9) José Rodríguez Elizondo: *Crisis y renovación de las izquierdas. De la revolución cubana a Chiapas, pasando por el caso chileno*. Editorial Andrés Bello. Santiago de Chile, 1995.

mente retrospectivo y obsesionado con las efemérides históricas. Los artículos de los diarios conmemoran interminables aniversarios: el vigésimo de la victoria cubana en Angola, el trigésimoquinto de playa Girón, el centenario de la muerte de Maceo, los 70 años del comandante Castro. La letanía revela un régimen ensimismado en el pasado y desconfiado ante el futuro y las fuerzas del cambio; un paradójico desenlace para una revolución que anunció el advenimiento del hombre nuevo.

Castro no se equivocó cuando mostró un profundo escepticismo con respecto a las reformas de la «perestroika»: intuyó que la liberalización del régimen político de la URSS y la revisión de la ortodoxia leninista pondría en peligro los fundamentos mismos del sistema. Su camino sería otro: la introducción cautelosa de algunos elementos de economía de mercado en la planificación central, pero sin ceder un ápice del poder político.

La estrategia de capitalismo para los extranjeros y socialismo para los cubanos permite realizar un balance esclarecedor de la experiencia socialista cubana y define el carácter más o menos contingente del uso del marxismo en su discurso revolucionario. Su único componente inalterable, en el que se encuentran las claves para comprender la legendaria longevidad de la revolución, es el nacionalismo antiimperialista.

Como la propia cultura cubana, la filosofía política del comandante Castro fue siempre proclive al sincretismo ideológico y hacer de ella una nueva ortodoxia. En su alegato de autodefensa ante el tribunal que le juzgó después del asalto al cuartel de Moncada, el 26 de julio de 1956, citó a Santo Tomás, Rousseau, Locke, Paine, la Declaración de los Derechos del Hombre de 1789 y la declaración de la independencia del Congreso de Filadelfia de 1776 para justificar su rebelión contra la tiranía y defender el retorno de la democracia, la libertad de expresión y la restauración de la dignidad humana.

Incluso algunos dudan que Castro haya sido realmente alguna vez un marxista-leninista, y sugieren que su experimento colectivista tiene más semejanzas con las reducciones jesuitas del siglo XVIII en Paraguay que con el modelo soviético. Del Colegio jesuita de Belén, en La Habana, donde estudió interno la secundaria, retuvo la disciplina y el temple de la Compañía, la única institución que Castro vio funcionar con eficiencia antes de liderar a sus guerrilleros y el Estado cubano.

De ese período contó a frei Betto: «Eran hombres (los jesuitas) interesados en formar el carácter de los alumnos con un gran sentido del rigor y exigencia, del sentido del honor y la dignidad personal. Austeros, trabajadores; exaltaban la rectitud, la valentía y el sacrificio. Además españoles, fieles a las tradiciones de los jesuitas, su espíritu militar, su organización militar con el

carácter español (...) desde el punto de vista político eran nacionalistas, es decir, franquistas».

Max Leznick, compañero de militancia suyo en el nacionalista Partido Revolucionario Cubano-Ortodoxo, comentó a los periodistas franceses J-F. Fogel y B. Rosenthal: «Para entender a Fidel basta haber leído tres libros: *El Príncipe* de Maquiavelo, los *Ejercicios Espirituales* de Ignacio de Loyola y *El Padrino* de Mario Puzo» (10).

Probablemente la Constitución Cubana sea la única en el mundo que se refiere al jefe de Estado con su nombre propio. La autoridad del comandante —«el primer crítico de la revolución» como le gusta llamarse—, se mantiene por encima del bien y del mal y está más allá de las debilidades humanas. Los fallos se atribuyen a los burócratas o a los malos funcionarios, nunca a él, como si se tratase de una nueva versión del viejo lema «Viva el rey, muera el mal gobierno» de las revueltas coloniales.

Castro es, en esencia, un nacionalista integral: un patriota, en el sentido que la palabra tenía en el siglo XIX, que no oculta su identificación personal con Cuba ni su concepción estrechamente partidista de la nación, a la que concibe como una entidad homogénea, un mundo unitario y monolítico, incompatible con el pluralismo político. Cuba sólo puede ser la Cuba revolucionaria.

Octavio Paz en *Tiempo Nublado* (1986) observó que Castro gobierna en nombre de la historia: «El jefe es la historia universal —o nacional— en persona. Como la voluntad divina, la historia es una instancia superior inmune a las erráticas y contradictorias opiniones de las masas. No es una doctrina sino una creencia. Y una creencia encarnada en un partido cuya naturaleza es doble: es una iglesia y es un ejército» (11).

El factor nacionalista imprime a su discurso una enorme energía movilizadora, pero también sus limitaciones: no puede subsistir sin la lógica de la confrontación con sus enemigos, reales o imaginarios. Precisamente el tipo de ideología y práctica políticas que han quedado obsoletas en las Américas tras el fin de la guerra fría.

Castro, sin embargo, es una figura a la que incluso sus rivales guardan un secreto respeto por las notables habilidades políticas que le han permitido sobrevivir al acoso de nueve administraciones norteamericanas, desde Eisenhower a Clinton. La imagen del David enfrentado a Goliath, y de Cuba como un baluarte de la resistencia antiimperialista, nunca han dejado de jugar a su favor. Desde ese punto de vista, sus logros son muy notables. Pero,

(10) Citado por J. F. Fogel y B. Rosenthal en *op. cit.*

(11) Octavio Paz: *Tiempo Nublado*. Seix Barral, Barcelona, 1986.

en términos de coste humano –sistema policiaco de control social, ruptura de vidas y familias por exilio o migración forzosa–, sus triunfos representan un precio intolerable en tiempos de normalidad democrática.

El cardenal Jaime Ortega, arzobispo de La Habana, ha reiterado en numerosas ocasiones que la transición a un sistema pluralista es el único camino posible hacia una auténtica reconciliación nacional. Algunas experiencias recientes son relevantes: durante las transiciones democráticas en España y Chile, los adversarios políticos advirtieron que no podían seguir tratándose como si pertenecieran a dos naciones distintas y enemigas: el triunfo de la democracia no pasaba por la victoria militar o un régimen de vencedores y vencidos.

Como la condición elemental de cualquier negociación es el reconocimiento del otro, cada transición requiere de un momento en que la oposición legítima a la dictadura, reconociendo su existencia y sus instituciones y aceptando alguna u otra de sus realizaciones. En tanto, la dictadura legítima a la oposición aceptando su participación en el proceso de transición.

En Cuba ninguna de esas condiciones se cumple aún. Quizás sea ilusorio esperar que Castro, encumbrado en un protagonista mundial prolongado sobre la base de una personalidad político-militar, pueda redefinirse a los 70 años sin romper con su propia biografía. «Sólo aquellos que resisten son respetados» repite obsesivamente.

Pero en entrevistas recientes ha sugerido que no le preocupa si la revolución –«que ya está hecha y nadie podría deshacer»– le sobrevive intacta. Algunos analistas creen que está más interesado en asegurar su lugar en la historia como un héroe que resistió a los Estados Unidos hasta el final antes que en presidir u organizar una transición de cualquier tipo. Lo cierto es que es casi imposible imaginarle en el papel de jefe de la oposición, estadista jubilado, comandante en jefe del Ejército –como Pinochet–, o en cualquier otra posición que no sea la de líder supremo.

Desde muy pronto quemó sus naves para hacer imposible su propia retirada. Tal vez a ello se deban sus perennes alusiones a la muerte como única alternativa a la victoria. Lo cual es una doble tragedia: ni los cubanos de la isla pueden beneficiarse de la pujante cultura empresarial adquirida en EE.UU. por la comunidad del exilio, ni éstos de los logros de la revolución o de su recuperado sentido de afirmación nacional. De poder conciliarse ambos aportes, pocos dudan que Cuba se convertiría sin dificultades en uno de los países líderes de América Latina. Pero ello pasa por la elección de una Asamblea Constituyente que comience por reconocer el derecho de todos los cubanos de serlo, sin excluidos ni excluyentes.

Guantanamera

En *Guantanamera*, su última película, concluida poco antes de fallecer, el gran director cubano Tomás Gutiérrez Alea integró en su realista retrato de la caótica Cuba del «período especial» una metáfora onírica que contenía una lúcida reflexión sobre la necesidad de la muerte para la regeneración de la vida. A través de una personal lectura de los mitos afrocubanos, Gutiérrez Alea presenta la lluvia torrencial sobre un cementerio —donde perora un iluminado subido a una columna—, como un mensaje y un arma enviados por los «orishás» para combatir la intención del demiurgo por detener el tiempo y evitar así la erosión de su poder.

El novelista habanero Guillermo Cabrera Infante escribió con su sarcasmo habitual que las películas de «Titón» Gutiérrez Alea son equivalentes a que Leni Riefensthal hubiese dirigido *La lista de Schindler* por orden de Goebbels para demostrar la capacidad autocrítica del nazismo. El comentario es injusto. El director cubano parece haber tenido una premonición de lo que probablemente ocurrirá en Cuba tras la desaparición del comandante en jefe: su régimen personalista se desvanecerá como el franquismo tras la muerte de Franco.

Los cubanos, al menos por ahora, no parecen dispuestos a precipitar con una violencia innecesaria algo que el tiempo dictará inexorablemente. Con el cambio de siglo los cubanos comenzarán, como el resto del mundo, una nueva época. Y quizás, entonces, los cubanos puedan reunirse en una hermosa plaza de La Habana vieja para escuchar juntos a los músicos que la representan mundialmente: Silvio Rodríguez, Gloria Estefan, Pablo Milanés, Celia Cruz. ¿Una utopía?